

tuviéramos en un café, tal como nosotros estamos aquí ahora, no sé qué desaguisado cometió el mozo al servirme; no era cosa involuntaria, sino de pensado. Ustedes saben que yo, como escritor, he inspirado siempre tantos quereres violentos como antipatías truculentas. Para mí, el dicho camarero me malquería. Y me malquería con rabia, con saña. No pude yo contenerme y... No les digo a ustedes lo que hice. Sonó en todo el ámbito del café un *fracaso de cristales*, como dice otro poeta, Rubén Darío, en uno de sus más bellos poemas. Salieron por el aire menuzas de vidrio y salió corriendo también el imprudente servidor. Debo hacer saber a ustedes—supongo que lo saben—que yo he tenido un carácter violentísimo; digo que he tenido, y debo añadir que sigo teniendo. Me acompañaba, como digo, aquella tarde Eduardo González. Al ver mi repente furibundo, me puso sencillamente la palma de la mano en la cabeza, cual si quisiera efundir su inalterabilidad. Al mismo tiempo, sonreía levemente. Tuvo puesta su mano en mi testa hasta que se me acabó la furia; después me dijo, con palabras lentas, apacibles, sonoras:

—¿Está usted satisfecho de su arranque? No lo estaría yo; he pasado yo de la región de la iracundia, en que usted se encuentra ahora, a la del sosiego meditativo. Y si quiere usted escucharme, le contaré algo que le interesará.

Estaba yo pesaroso ya de mi arrebato; traté de sonreír, pero mi sonrisa era forzada. Pedí a Eduardo que aclarara sus palabras con explicación que sería para mí un bálsamo letificante, y el poeta me contó lo que van ustedes a escuchar. Figúrense que es Eduardo González quien habla y no yo. El poeta dice:

—Me crié entre blandezas; fui un niño mimado; me lo consentían todo. Cuando rompía, por ejemplo, una preciosa figurita de porcelana, me aplaudían. Cobraba yo brios con tal asenso; fui tornándome cada vez más indómito. Al fin, no podía sufrirme nadie. Como mi familia era pudiente, con caudal crecidísimo, se tenía la seguridad de que no había de faltarme nunca nada. En su consecuencia, no teniendo que depender de nadie, podía entregarme a todos mis desgarros e impetuosidades. Hiciera lo que hiciera, siempre tendría yo un reparo independiente. Cultivaba ya entonces—hablo de mi juventud—la poesía; no diré si mis producciones eran buenas o malas. Eso es cosa, no del público grande, que a mí nunca me ha importado, sino de un núcleo corto de lectores sensitivos e inteligentes. Si le confieso a usted que mis prendas de poeta las deslucía yo con truculencias que de pronto amilanaban a mis servidores y a los seres queridos que me rodeaban. ¿Cómo será posible escribir, escribir conscientemente, sea verso o prosa, y al mismo tiempo dejarse arrebatar por la animalidad? La ira está en lo más bajo del ser humano; es tan repulsiva como las demás pasiones groseras; pero es más frecuente y encuentra más disculpas. Lo que no se tolera en otros salvajes instintos halla lenidad en éste. Caballeros incapaces de los otros vicios se entregan a éste, más o menos arraigadamente, como si se tratara de algo natural y lógico. No pensaba yo así; conocía y execraba mi propia pasión. Pero no podía librarme de su imperio. A veces leía el libro de Séneca sobre la cólera o el libri-

to de nuestro místico Zárata sobre la paciencia. Hacía yo propósito de no reincidir, y en el momento en que yo menos lo esperaba, por cualquier fruslería, saltaba con un impetu incontrastable contra alguien que me había vejado. Tras el fuego de la cólera, venía, naturalmente, la meditación; se sosegaban los nervios y yo entraba en un estado de espíritu que me desabía durante mucho tiempo. Arrastrado por el instinto bestial, caía, tras el raptó, en la aflicción; consideraba lo injusto que había sido; veía a mi víctima anonadada por los improprios; sentía yo entonces ansias de reparar el mal, pero, al mismo tiempo, me detenía la consideración de mi desprestigio. Y todo esto me quitaba la serenidad, el sosiego, la placentera quietud, que son necesarios para una obra poética delicada. Había que salir, de una vez para siempre, de estos atolladeros en que yo me metía; no sabía cómo hacerlo. Y todo se resolvió en una estación; como usted lo oye: en una estación. Y una estación de La Mancha. En La Mancha ha hecho sus justicias el inmortal Caballero de la Triste Figura; en La Mancha, la de Cuenca, ha nacido uno de nuestros más grandes poetas: Fray Luis de León. Tuve que hacer un viaje a Valencia. Salí por la mañana para llegar por la tarde. Iba yo contemplando el paisaje; de cuando en cuando leía unas páginas—lo recuerdo—de Catalina Mansfield. Siempre he tenido como lectura confortadora la de esta prosa de tan finos matices. Al recorrer el pasillo del coche para encaminarme al restaurante, vi en un compartimiento, solos, dos personajes que me llamaron la atención: un hombre y una mujer. Inmediatamente va a saber usted algo más de estas dos figuras de mi historia. En tanto comía, pensaba yo en el pergeño del hombre y de la mujer. No sé qué vi, al pasar, que hizo que mis nervios vibraran; experimenté una conmoción misteriosa e inexplicable. Todo se aclarará en seguida. Estábamos en plena Mancha; el tren paró en una estación; no sé si en Minaya, en La Gineta, en La Roda o dónde. El caso fué que vi apearse al hombre y a la mujer que había entrevistado antes. El hombre era espaldudo, cuellorcorto, con abultado pestorejo, encendida la cara, saltones los ojos, revuelto el pelo. La mujer era fina y grácil; estaba pálida; se advertía que había llorado mucho; delgada, sencillamente vestida, caminaba como encogidita. Estaban los dos en el andén, marido y mujer, sin duda, cuando, de improviso, el corpulento jayán dió un violentísimo empujón a la señora, tan fuerte, que por poco cayó a tierra. La vi tambalear y llevarse las manos a la cara para encubrir su llanto. No contento con acometerla, el hombrachón la cogió por un brazo y la iba zamarreando. Dejé la ventanilla y corrí al estribo del coche con ánimo de apearme y castigar al mal-sín. En aquel momento, el tren volvía a emprender la marcha. Estaba una galera, una galera manchega, esperando al matrimonio; a la par que el tren corría, columbraba yo la galera, que se alejaba por un camino sesgó en la llanada parda. No creí—he de ser franco—que pudiera haber un manchego que maltratase a una mujer. No; no era manchego el protervo. No lo era; pude tiempo después tener la certidumbre; amigos míos de La Mancha conocedores del iracundo personaje me lo certificaron. Como quien bebe un licor salutífero, de eficien-